

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: El efecto de la adoración de Dios -
Salmos 95 y 96
(12 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmos 95:1-11; 96:1-13

“¡El Señor es Rey!” El orante pone este hecho inquebrantable en el centro de los Salmos 95 y 96.

El Salmo 95 describe al Rey en su grandeza y gloria única y nos lleva a la adoración de Dios: “Venid, aclamemos al Señor ... porque el Señor es Dios grande, y Rey grande sobre todos los dioses” (vs.1a,3).

En el Salmo 96, el salmista llama a la alabanza de Dios de diferentes maneras. Asombrado e impresionado por lo que Dios ha hecho, invita: “Cantad al Señor cántico nuevo ... Cantad al Señor, bendecid su nombre ... Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas” (vs. 1a,2a,3).

En ambos salmos, somos introducidos en un movimiento animado.

“¡Venid, aclamemos al Señor y cantemos con júbilo al garante de nuestra salvación! Acudamos a su rostro con gratitud ... Venid, adoremos, arrodillémonos y postrémonos ante el Señor que nos ha hecho” (Sal. 95:1,2a,6 trad. libre).

En la adoración de nuestro Dios sucede algo muy esencial: llegamos al encuentro intenso con el Dios vivo. “El salmista actúa como un fotógrafo que, con su teleobjetivo, enfoca y hace zoom a una persona muy específica. La adoración me revela la grandeza de Dios. Yo lo enfoco desde un nuevo punto de vista. Y sucede algo más: es como un movimiento de balanceo en una mecedora (sube y baja): Al exaltar a Dios, yo mismo soy elevado” (M. Wanner).

En la dedicación del templo, Salomón alabó la grandeza de Dios: "Señor, Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra". Como resultado de la adoración, la gloria de Dios llenó toda la casa (lea 1.R. 8:23,24; 2.Cr. 7:1). También nosotros podemos experimentar hoy en la adoración la presencia de Dios.



Día 2

Salmo 95:1-3; Colosenses 3:16

"Venid, aclamemos al Señor con júbilo, hagamos un gran alboroto por nuestro poderoso libertador", dice el v.1, traducido literalmente. Estas palabras son conmovedoras, causan excitación y movimiento. Alabar a Dios, adorarlo, regocijarse con Él y por Él, admirar sus obras maravillosas, hablar apasionadamente de Él – esto tiene consecuencias.

Nos saca de las depresiones de la vida cotidiana y de las nimiedades y también nos hace apasionar a otros. El que adora a Dios se regocija por su grandeza, poder y gloria. Quien lo tiene a la vista, se alegra también de Jesús y celebra la victoria del Calvario y su resurrección. A través de la adoración, nuestros pensamientos y palabras cambiarán.

¿No somos a veces muy reticentes cuando se trata de adorar a Dios, de expresar en palabras la alegría por Él? Se nos ocurren nombres y situaciones que aplaudimos, pero ¿a Dios? Alguien se ha preguntado por qué dejamos el tumulto de la alegría y las tormentas de entusiasmo a los visitantes en los estadios de fútbol, en las salas de fiestas y en los escenarios de conciertos.

Si los hombres pueden estar tan entusiasmados con los hombres, ¡cuánto más entusiasmo y júbilo pertenecen a nuestro Dios, que ha creado el cielo y la tierra de una manera maravillosa! A Él, la autoridad suprema de este mundo, al “Señor de señores y Rey de reyes” (Ap. 17:14), le corresponde toda honra y adoración.

El salmista nos motiva: “Venid, aclamemos al Señor”. Pero esto incluye también el otro: “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante del Señor nuestro hacedor” (v. 6). Ambas cosas pertenecen a la actitud interior en la que la verdadera adoración tiene lugar. Es nuestro destino adorar a Dios, inclinarnos ante Él, y que nada en nuestra vida llegue a ser más importante y significativo que Él. (Lea Sal. 96:9; 99:5; 1.Cr. 16:29.)



Día 3

Salmo 95:1-3; Deuteronomio 33:26

En la Biblia, la gente siempre hace preguntas como: “¿Qué Dios hay como tú?” (Mi. 7:18a NVI) o “¿A qué, pues, haréis semejante a Dios?” (Is. 40:18a). Observan con asombro la grandeza de Dios y llegan a comprender: "Señor, no hay semejante a ti, ni hay Dios sino tú, según todas las cosas que hemos oído con nuestros oídos" (1.Cr.17:20). El asombro de Dios lleva a la adoración (lea Éx. 15:11; 1.R. 8:23).

¿Cómo se manifiesta la grandeza de Dios? David lo describe magistralmente en el Salmo 139. Reflexiona sobre la presencia ilimitada de Dios: “Si me siento o me levanto, tú lo sabes; desde lejos entiendes mis pensamientos; si me voy o me acuesto, tú me rodeas y ves todos mis caminos ... Si me condujera al cielo, allí estás tú; si me acostaría con los muertos, allí estás tú” (vs. 2,3,8 trad. libre).

Toda la vida de David es vista por Dios. Reflexionando sobre esto, David se vuelve consciente de la grandeza de Dios omnipresente. Con gran reverencia y adoración, puede decir con asombro: “¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas!” (Sal. 139:14).

Isaías señaló al pueblo de Israel, abatido y desesperado, a su Dios incomparable en una hora oscura de desánimo. ¿Qué más podían esperar de Dios? En esa situación sin salida, Dios encargó a Isaías que abriera los ojos del pueblo a su grandeza, poder y gloria. “Alcen los ojos y miren a los cielos: ¿quién ha creado todo esto? Él que ordena la multitud de estrellas una por una, y llama a cada una por su nombre. ¡Es tan grande su poder, y tan poderosa su fuerza, que no falta ninguna de ellas! ... Él fortalece al cansado y acrecienta las fuerzas del débil” (Is. 40:26,29).

Para aquellos que quieran maravillarse y adorar a la grandeza de Dios: que lean Isaías 40 por completo.



Día 4

Salmos 95:1-3; 47:1,2

La grandeza superior de Dios se manifiesta en la manera en que ve a las naciones en expansión de aquellos días. A los ojos de los israelitas, los asirios, los egipcios y los babilonios eran naciones poderosas, a quienes se sentían extraditados. Sus potenciales militares eran muchas veces mayores que los de Israel. Pero Isaías coloca la visión de Dios sobre las naciones en el horizonte de los israelitas: “A los ojos de Dios, las naciones son como una gota de agua en un balde, como una brizna de polvo en una balanza” (Is. 40:15 NVI). Esta perspectiva les daba fuerza y confianza en los retos de su vida.

Y Dios les hace otras promesas: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10; lea Is. 41:10-14; 43:1-4).

En el difícil período de la Guerra de los Treinta Años en Europa, Johann Franck escribió los siguientes versos de oración

“Bajo tu protección estoy libre frente a los asaltos de todos los enemigos. Sea que Satanás rabie, y que el mundo tiemble, a mí me ayuda Jesús.

Ya sea que haya truenos y relámpagos, o que el pecado y el infierno me espanten, Jesús me va a cubrir”.

Esta mirada al Señor superior de todo puede animarnos también a nosotros en las tempestades de nuestro tiempo y llevarnos a la adoración (lea Sal. 92:9; 93:4; 94:22).

Si el autor del Salmo 95 dice que el Señor es un gran Rey sobre todos los dioses, esto también es cierto para los poderosos gobernantes de la historia del mundo. Ya se trate de uno de los faraones egipcios, de un gobernante del Imperio babilónico, asirio o romano, o de los déspotas del siglo pasado o del presente: A los ojos de Dios, los poderosos de este mundo son impotentes. Él es y sigue siendo el “Rey de reyes y Señor de señores” (Ap. 19:16b). La soberanía de Dios es insuperable, así que adorémoslo.



Día 5

Salmo 95:3-5; Nehemías 9:6

El salmista muestra la grandeza de Dios a través de su creación única, y así nos quiere maravillar y llevar a la adoración. Las profundidades y las alturas de la tierra, el mar y la tierra firme, todo fue creado por la mano creadora de este Dios incomparable.

Quien tiene una visión de la variedad y belleza de la flora y la fauna, quien reflexiona sobre los magníficos funcionamientos del organismo humano, o reflexiona sobre las fascinantes maravillas del mundo estelar y del vasto universo, sólo puede decir: “¡Señor, cuán grande eres tú, a ti te adoro!” ¿Acaso nos abandonará este gran Dios alguna vez? ¿Acaso se olvidará de nosotros, sus criaturas? Incluso los caminos difíciles de los que tememos y retrocedemos, están en sus manos.

No hay cambios: “El Señor reina” (1.Cr. 16:31). Qué consuelo para todos los que andan en un camino vago o se sienten atrapados como en una prisión. Deben saber que, incluso allí, nada les separa de la presencia del Señor, nuestro Salvador. “Ni lo alto ni lo profundo ... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús” (Ro. 8:39; lea Lm. 3:54-58; Jonás 2:1-7).

No, Él nunca nos olvidará ni nos ignorará, a pesar de su grandeza. Su promesa es válida para siempre: “¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, y dejar de amar al hijo que ha dado a luz? Aun cuando ella lo olvidara, ¡yo no te olvidaré! Grabada te llevo en las palmas de mis manos” (Is. 49:15,16a NVI).

Con el Salmo 104 podemos adorar a nuestro Dios hoy. Quien se maravilla de Dios y lo adora, comienza de nuevo a contar con su grandeza y poder. La adoración practicada cambia nuestro pensamiento y hablar, y también caracteriza nuestro vocabulario.



Día 6

Salmos 95:6,7a; 100:3,4

“Venid, adoremos y arrodillémonos y postrémonos ante el Señor que nos creó” (Sal.95:6 trad. libre). Estas palabras expresan una actitud de respeto y humildad ante el Rey de reyes y Creador de todo el universo. Por medio de Él no sólo surgió la primera creación visible. Él ha modelado también una vida nueva en nosotros: “Si alguno es de Cristo, es un hombre nuevo; lo que antes era ha pasado, ha comenzado algo completamente nuevo” (2.Co. 5:17 trad. libre).

El salmista da otra razón que le motiva a adorar: “Porque Él es nuestro Dios, y nosotros somos el pueblo de su prado; ¡somos un rebaño bajo su cuidado!” (v.6 NVI). ¡Cuánta felicidad resuena en este hecho: Él – nuestro Dios! Nosotros, su pueblo, las ovejas que Él apacienta. El evangelista inglés C. H. Spurgeon llama a estas palabras “el corazón palpitante del Salmo”. Es difícil de imaginar, y sin embargo un hecho irrefutable, que el gran Dios se ocupa de nuestros asuntos personales. Se preocupa amorosamente por nosotros todos los días.

Jesús dice de sí mismo: “Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen ... Y pongo mi vida por las ovejas ... Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Jn. 10:14,15b,27-29; lea Sal. 23:1-6; 78:52,53a; 79:13).

Paul Gerhardt escribió:

“Señor, mi Pastor, fuente de toda alegría, tú eres mío, y yo soy tuyo, y nadie puede separarnos.

Yo soy tuyo porque entregaste tu vida y tu sangre en la muerte a mi favor. Tu eres mío porque te tomo y no te dejas salir de mi corazón.

Hazme llegar a donde tú a mí y yo a ti, nos abrazaremos eternamente“.



Día 7

Salmo 95:7b-11; Isaías 51:4,7

De repente, en este salmo se produce un cambio brusco: La alegría de la adoración está sustituida por una palabra seria y amonestadora de Dios: “Si ustedes oyen hoy su voz, no endurezcan el corazón como en Meriba, como aquel día en Masa, en el desierto, cuando sus antepasados me tentaron, cuando me pusieron a prueba, a pesar de haber visto mis obras. Cuarenta años estuve enojado con aquella generación, y dije: Son un pueblo mal encaminado que no reconoce mis senderos. Así que, en mi enojo, hice este juramento: jamás entrarán en mi reposo” (NVI).

¡Se le parte el corazón a Dios, como lo expresa por estas palabras! Aquí queda claro que la adoración es inseparable de la obediencia personal en el camino del discipulado. “Con conciencia y seriedad, el salmista invita a toda la comunidad a unir su adoración litúrgica a esta disposición interior a la escucha: ‘Que escuchen hoy su voz’” (v.7b trad. libre, Helmut Lamparter).

Llama la atención la urgencia con que este “hoy” es recibido en la Epístola a los Hebreos. (Lea He. 3:7,8,12-19; 4:6,7.) Muestra claramente que todo encuentro con el Dios vivo tiende a la decisión inmediata y clara de obediencia. Ni la referencia a pasos anteriores de obediencia, ni el aplazamiento a un momento más favorable, pueden engañar al Señor en el hecho de que quien *hoy* no le concede el dominio de su vida, en el fondo de su corazón no quiere obedecerle.

Recordando la obstinación del pueblo de Israel durante la peregrinación por el desierto, el salmista quiere dejar claro que un corazón endurecido se cierra a la guía de Dios. “No han conocido mis caminos” (He. 3:10b) – “¡Si tan sólo me escucharas!” (Sal. 81:8b)

Pidamos a Dios: ¡Dame un corazón que escuche y obedezca! (lea 1.R. 3:9,10; Sal. 40:6-8; Is. 50:4,5).



Día 8

Salmo 9:6-9; Eclesiastés 5:1a; Isaías 33:14-16

El aventurarse en la santa cercanía de Dios y presentarse ante Él es algo único y al mismo tiempo “peligroso”: Es único porque la adoración del Señor llena nuestro corazón de profunda alegría. Pero es peligroso porque Dios no sólo quiere oír cantos, sino que espera obediencia a su Palabra. El salmista sabe que la adoración se realiza para el gozo de Dios, donde no consiste sólo en una confesión de labios, sino también en la disponibilidad para escuchar y obedecer la voz de Dios. Para reflexionar: Jeremías 29:12,13.

El salmista recuerda los acontecimientos del pasado de Israel relacionados con la incredulidad y la desobediencia. Son características tristes:

En Éxodo 17:1-7 ellos ensayan la rebelión contra Dios con sus murmuraciones.

En Éxodo 14:10-12, ellos rehúsan seguir adelante en obediencia.

En Números 20:1-13 nos encontramos de nuevo con un pueblo murmurador, incrédulo y desobediente.

Dios toma esa actitud muy en serio. Lo demuestran las fuertes palabras que usa para expresarles sus pensamientos: “Por cuarenta años estuve disgustado con este pueblo, así que dije: Son hombres cuyo corazón se extravía continuamente, y no quieren aprender mis caminos” (Sal. 95:10). No puede ser una pequeñez, lo que tanto ofende a Dios. Habían visto su obra y habían experimentado innumerables pruebas de su cuidado y amor. Sin embargo, en los nuevos retos parecen haber olvidado su fidelidad. ¡Recordemos el Salmo 103:1,2!

¿Qué experiencia hemos tenido nosotros con murmuraciones y desobediencia a Dios? ¿Qué experiencias con un corazón que escucha y obedece? También nosotros vivimos tiempos de descontento y de rebelión. Entonces podremos expresar nuestras necesidades y nuestros lamentos ante Dios y, con su ayuda, encontrar la paz interior. Algunos impulsos se encuentran en Lamentaciones 3:21-25,31,32,40,41,55-58.



Día 9

Salmo 95:10,11; Números 14:21-23; Isaías 48:17,18

Las últimas palabras del Salmo 95 muestran la seriedad con que Dios toma el pecado: “No entrarán en mi reposo”. Al final, el salmista evita las palabras apaciguadoras, como nos hubiera gustado oír. Nos enfrentamos a la pregunta de cómo llegar a ese reposo. Nuestra paz interior no depende principalmente de nuestras posibilidades, de nuestras relaciones personales o de las circunstancias en las que vivimos, sino de nuestra relación con Dios. No llegaremos al descanso hasta que hayamos sacado y arreglado la culpa del “sótano de nuestro corazón”. ¿Dónde me aferro en secreto a la falta de amor, la irreconciliabilidad o la envidia?

La biografía de Asá, el rey del sur de Judá, muestra cómo él y el pueblo llegaron a este reposo en Dios. “Asá hizo lo que era bueno y agradable ante el Señor, su Dios. Se deshizo de los altares y santuarios paganos, ... ordenó a los habitantes de Judá que acudieran al Señor, Dios de sus antepasados y que obedecieran ... sus mandamientos” (2.Cr. 14:2-4 NVI). Cuatro veces encontramos en 2.Crónicas 14:5-7, que el Señor les había dado descanso y paz.

El profeta Azarías da otra razón por la que descansaron: “El Señor estará con ustedes, siempre y cuando ustedes estén con Él. Si lo buscan, Él dejará que ustedes lo hallen” (2.Cr. 15:2b NVI). Entonces todo el pueblo se llenó de alegría: “Y juraron al Señor con gran voz y júbilo, al son de trompetas y de bocinas. Y todos los de Judá se alegraron de este juramento; porque de todo su corazón lo juraban, y de toda su voluntad buscaban al Señor, y Él fue hallado de ellos; y el Señor les dio paz por todas partes” (2.Cr. 15:14-15).

Al verdadero descanso sólo llegamos en la comunión con Jesús, el Príncipe de Paz. La puerta de Él está abierta para nosotros hoy (lea Is. 9:6,7; Jn. 10:9; Ef. 2:14a).



Día 10

Salmo 96:1-13; Isaías 42:10-12

Con una alegría contagiosa, y con la apremiante y triple llamada “cantad”, el escritor inicia el Salmo 96: “Cantad al Señor cántico nuevo; cantad al Señor todo el mundo; cantad al Señor, bendecid su nombre; anunciad de día en día su salvación” (vs.1-2). El salmista canta a Dios como al creador y juez del mundo. Este son de júbilo resuena cada vez que se hace visible la gran salvación redentora y la acción creadora de Dios (lea Sal. 98:1-4; 144:9,10).

“En tres estrofas (vs. 1-6, 7-9 y 10-13), que se asemejan a círculos concéntricos cada vez más extensos, el salmista invita a todo el mundo a adorar a Dios. Lo hace con la audacia de la fe, confiando lo más grande a las promesas del Señor y anticipando el fin último de la historia: Todas las rodillas se doblarán ante el Dios de Israel (comp. Is. 45:23,24) y todos los confines de la tierra verán su salvación (comp. Is. 52:10)” (Helmut Lamparter; lea Fil. 2:9-11).

Ya hoy tenemos todas las razones para unirnos al nuevo cántico que la comunidad mundial de los redimidos cantará algún día ante el trono de Dios: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre has redimido para Dios hombres de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Ap. 5:9-10; lea Ap. 15:2-4).

En el Apocalipsis, el “nuevo cántico” es la respuesta de los hombres a la acción de Dios y los nuevos pasos con los que Él conduce la historia de la salvación hacia su gran fin. ¡Qué día tan memorable e indescriptible será este! Estamos llamados a contar también hoy nuestras experiencias: “Proclamen ... sus maravillas entre todos los pueblos. ... el Señor ha creado los cielos. El esplendor y la majestad son sus heraldos; hay poder y belleza en su santuario” (Sal. 96:3,5b,6; lea Sal. 33:3; 40:3; 149:1).



Día 11

Salmos 96:7-10; 86:8-10

En la segunda estrofa del Salmo 96, todos los pueblos del mundo son llamados a adorar al Señor. “A Él, oh pueblos, glorificad al Señor, someteos a su poder. Dad al Señor la honra que merece su nombre: Traed ofrendas, y venid a sus atrios. Adorad y postraos delante de Él en la hermosura de su santidad” (vs. 7-9a trad. libre).

Como naciones salvadas que reconocen su Redentor y le rinden el debido respeto, así todas las naciones de la tierra se postrarán ante el Dios Todopoderoso, lo adorarán y engrandecerán su nombre. Así también nosotros estamos llamados a adorar a Dios constantemente.

“¡Tómate tu tiempo para contemplar y adorar a Dios en su grandeza y gloria! Cuán superficial es a menudo nuestra comprensión de su poder sublime. Si no dedicamos tiempo a inclinarnos ante Él en adoración, su sublime grandeza y poder permanecerán por siempre un misterio para nosotros. Tómate tu tiempo hasta que puedas decir a Dios en admiración: ‘Oh Señor, ... no hay nada que sea difícil para Ti, ... Dios grande y poderoso, ... grande en consejo y magnífico en hechos’. - Y entonces escucha la respuesta de Dios: ‘He aquí que Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?’ (Jer. 32:17,18b,19a,27)” (Andrew Murray).

Reflexionar sobre la naturaleza de Dios despertará en nosotros un profundo deseo de conocerle y adorarle cada vez mejor. ¡Qué singular es la grandeza de Dios, su poder, su sabiduría, su misericordia, su perdón y su amor! “Grande es el Señor, y digno de suprema alabanza; y su grandeza es inescrutable. Cada generación contará tus obras a sus hijos; contarán tus proezas, y las maravillas que has hecho” (Sal. 145:3-5 trad. libre).



Día 12

Salmo 96:10-13; Deuteronomio 32:3,4

En la tercera y última estrofa (vs.10-13) se invita a toda la creación a alabar al Creador y Juez de este mundo. Se proclamará a todos: “El Señor es Rey; ha establecido el mundo con firmeza; jamás será removido. Él juzga a los pueblos con equidad” (v.10 NVI). La alabanza es para el Creador del cielo y de la tierra, a pesar de todas las catástrofes climáticas y medioambientales. “Alégrense los cielos, y gócese la tierra; brame el mar y su plenitud. Regocíjese el campo, y todo lo que en él está. Entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante del Señor que vino” (vs.11-13a). Aquí se expresa también el asombro por el poder de Dios y la alegría por la creatividad de Dios en la creación.

Pero el salmista no se detiene en la alabanza de la creación. Anuncia también al Juez de este mundo: El Señor “¡viene ya para juzgar la tierra! Y juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con fidelidad” (Sal. 96:13b).

La palabra “juzgar” en este lugar no tiene el sonido amenazador que solemos asociar con ella. “Juzgar” quiere decir aquí “corregir con las buenas intenciones de salvamento del Creador, según su justicia y su fidelidad” (Helmut Lamparter; comp. Sal. 98:7-9; Ro. 8:18-21). Por lo tanto, el juicio mismo de Dios, su corrección, será para nosotros salvación y bendición. Este es el verdadero motivo del júbilo, de la alegría y de la adoración.

“Cantad al Señor y bendecid su nombre; anunciad de día en día su salvación. Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas. ... Dad al Señor la honra debida a su nombre; ... Adorad al Señor en la hermosura de la santidad. ... Decid entre las naciones: El Señor reina” (Sal. 96:2,3,8a,9a,10a; lea 1.Cr. 16:23-33).

Podemos estar muy entusiasmados con lo que experimentaremos al poner en práctica estas exhortaciones, ¡para gloria de Dios y para nuestra sorpresa!


